

# Al Maestro y profesor

La vida, no el niño, que educados intrínsecamente han podido adquirir la verdad y por lo tanto escribir que la mentira penetra en su cerebro, tienen una ventaja sobre aquellos cuya preparación para la vida haya sido sistemática, con sello determinado; pesa en el yo de estos últimos el error inculcado en los primeros días de su existencia y la maldad que en sí lleva incluida la moral utilitaria: jamás podrán llamarse independientes. Como a los ciudadanos por Cervantes puede decirse: estos no van, los llevan.

El que se educa en la infancia racionalmente y en su mayor edad se autoeduca con igual procedimiento, raras veces, por no decir nunca, estará atormentado de los prejuicios que ocasiona la instrucción mercantil y la educación incompleta. El egoísmo en el orden de las ideas debe ser rechazado: de cada cual lo que tenga; expóngalo de la manera que lo sientan.

El fundador de la Escuela Moderna, filántropo y psicólogo, convencido, tras detenida observación, que los que le rodeaban, con los cuales se relacionaba, no podían servir, la mayor parte de ellos, para efectuar una revolución, en el sentido razonable de la palabra, porque nadie les había puesto en condiciones de ser y obrar como hombres; sistemáticos en el orden político, económico y filosófico, o fanáticos catequizados en el religioso, únicamente estaban dispuestos a obrar como autómatas, o bien, a buscar la utilidad que aun es poca.

Comprendió, sin duda alguna, que habían cristalizado aquellas ideas atávicas, erróneas e impropias para realizar o contener la relación armónica entre el hombre y el mundo y viceversa. La disposición general, efecto de la falsa o ninguna educación recibida, era prolongar la existencia de clases, que persistieran las diferencias; por esto creó y con fundamento, que no era posible con tales elementos llevar a término la colosal obra concebida, realizada, en parte, más tarde, conmemorada por nosotros en este momento, y en disposición de continuarla.

En lugar del escéptico e indiferente por los desengaños experimentados y el sufrimiento que reportan, nos encontramos con el titan lleno de optimismo que completa: este confiado en su férrea voluntad dirige, con ojo cetero, la acción al punto más indicado, la noblez, no dudando un solo instante, ya que es la base de la sociedad, que bien preparada la infancia, lo estará, necesariamente, la juventud y la vejez; la revolución antes citada, apetece y acariciada por todo ser generoso y altruista será un hecho, el filántropo habrá realizado la hermosa obra.

En el caso Ferrer, altísimo humano, se ha cumplido que la ley divina que dice: dos fuerzas desiguales obrando en sentido contrario la resultante es la diferencia que hay entre la mayor y la menor. Ley que puede hacerse extensiva al orden intelectual y moral y en nuestro asunto la fuerza mayor está representada por el elemento reaccionario, por los defensores de la *estática* de las ideas y de los sentimientos, cuya paralización o retroacción, no puede efectuarse sin violentar la marcha inevitable del progreso, pero unidos los que poseen la malicia y la ignorancia, por utilidad unos, y sugestivos los cobardes, se interponen y si no impiden entorpecen.

En contraposición a dicho estatismo o retroceso, estamos los discípulos, admiradores y continuadores de la labor del apóstol de la verdad, que al recuerdo de aquel significativo grito de ¡Viva la Escuela Moderna! cuyo eco ha repercutido por toda la Tierra, debemos estar dispuestos a hacer penetrar en la totalidad de los cerebros, lo que tal grito significa, para obtener el resultado que el iniciador se proponía: la extinción de todo lo que nos separa y emplear los medios más apropiados para que la fraternidad mundial se efectúe, que el ritmo armónico o la reintegración, entre el *microcosmos* y el *macrocosmos* (que equivale a decir entre el hombre y el planeta que habitamos) sea una realidad, y continuar sin dificultad alguna la historia biológica de la especie humana.

En esa edad primera que los niños poseen la virginidad del conocimiento y la del mal, procede obrar con prudencia, si queremos obtener los resultados que aconseja la razón y prescribe la justicia equitativa.

De no haber empleado este procedimiento nos hemos encontrado, al través de la Humanidad, que la verdad y el bien no han sido patrimonio de todos cual corresponde, y de ese privilegio y exclusivismo, ha nacido la falsificación de la primera y la corrupción del segundo. La verdad no es lo que es, sino lo que quieren que sea; el bien no es lo que todo el mundo apetece y sí lo que ha determinado un número de seres egoístas y aceptado otro número de torpes. La consecuencia necesaria de tales antecedentes es el imperio de la razón de la fuerza en lugar de la fuerza de la razón. Comprueban tal aserto Sócrates, Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Miguel Servet y... para qué citar a nadie más, los cuales no conformándose con lo admitido, por falso, propagaron lo que la experiencia les había demostrado ser cierto y bueno, pero tuvieron que arrostrar las conse-

cuencias que llevan consigo la verdad y el bien cuando se oponen al error y la maldad representadas por los fanáticos y sinvergüenzas explotadores de lo más grande y respetable ideas y sentimientos.

Para convencernos de la poca bondad de que están poseídos tales *seres*, basta verlos ante la muerte de su semejante del cual no hayan recibido favor ni agravio, la indiferencia y el desprecio es lo único que ofrecen, ¡misericordias! Pero si se trata de alguien poseído de nobles sentimientos y quiere que los exclusivistas y privilegios sean sustituidos por la coparticipación de las satisfacciones y disgustos que es lo humano y lógico, vedes escribir la calumnia, ved como difaman y con hipócrita consideración hablan de utopías, locuras, de la necesidad, de sanear el ambiente y cuando han caldeado bastante la atmósfera, la opinión sin opinión, seducida por la falacia de una moral y justicia convenidas, asienten a que se cumpla el absurdo de darle muerte a aquel a quien no se le dió la vida, los chacales, representantes y sostenedores de las falsas humanas, se ensañan con la víctima, la destruyen, si materialmente no es posible, moralmente.

Parecerá monstruoso tal procedimiento, cuya evidencia nos consta a todos, y el profesor racionalista, discípulo y continuador de la obra de Ferrer, ve en esto un error de lógica debido a la educación viciada que recibieron tales seres, en cuales se propone corregir por la enseñanza científica y la moral sin sanción ni obligación.

A la frase de Costa, despena y escuela, añádate la Patología y mejor aún la Higiene; en posesión de tales elementos acompañemos al nuevo ser por el camino de la vida, valiéndonos del gran libro de la Naturaleza; las verdades que en él vayamos descubriendo aplíquense a las necesidades de todos y de cada cual, y aunque lenta, gradual y progresivamente se irá formando el hombre de mañana, no hoy, fuerte de cuerpo porque podrá nutrirse, habrá proporción entre el gasto y el ingreso, de aparecerá la íntima explotación entre los racionales. Intellectualmente poseerá la verdad y ésta, como negación de todo lo injusto y parcial, dará lugar a que se efectúe la equidad y su complementaria la dulce y agradable armonía. En el orden moral poseerá el bien y por consiguiente la negación de todo lo que pueda perjudicar a nadie.

Si la idea de Ferrer es tan hermosa, y más que hermosa útil, que solo puede compararse con la que expresa el *cartha*, de Arquimides, el *E pur si muove*, de Galileo, y entre nosotros hay algunos que sientan y comprendan la certeza y transcendencia de lo expuesto, gritemos como él: ¡Viva la Escuela Moderna! Pero teniendo presente que la letra mata, lo que da vida es el significado: ¿Me habéis comprendido?

La labor del mártir de la idea libre tendía a reducir a todos los que se educaban racionalmente; continuémosla, imponiéndose persuasivamente y redimiéndonos a la humanidad. ¡Viva, pues, la Humanidad toda redimida! ¡Anulemos todas las tiranías! ¡Acabemos con toda clase de violencias!

M. BADIA VIDAL

## Napoleón el pequeño

La injusticia de todos los gobiernos.

Un hombre llega en una tarde mañana.

Este hombre se acerca hacia los funcionarios y les dice: ¡Funcionarios, prevaricación y maldad tranción!

Y los funcionarios prevarican y trancionan.

¿Todos sin excepción? Si, todos.

Se dirige a los generales, y les dice: ¡Generales, matad sin compasión! Los generales matan.

Se vuelve hacia los jueces inamovibles, y les dice: ¡Magistratura: yo rompo las tablas de la Constitución, yo me perjuro, por consiguiente, yo disuelvo las Cortes soberanas, detengo a los diputados invariables, saqueo el Tesoro público, secuestro, combusco, destierro al que me disgusta, le porto a capricho, muero, lo sin inmutación, fusilo sin juzgar, levo a cabo todo cuanto se me ocurre en lo que llamo crimen, vivo todo lo que se llama derecho, mirad las leyes, todas están bajo mis pies!

—Aparentemente no ver nada, le dicen los jueces.

—Sois unos insolentes, replica el hombre providencial. Vover los ojos a otro sitio es ultrajarme. Espero que me ayudéis, jueces, id hoy a felicitarme, a mí, que soy la fuerza y el crimen, y mañana, los que me han resistido, los que tienen de su parte el honor, el derecho y la ley, serán juzgados y condenados por vosotros.

Los jueces inamovibles le besan las botas y se ponen con toda prisa a instruir el proceso de los Jesórdenes.

Y sobre la marcha le prestan juramento.

Entonces él, distingue en un rincón al ciego, bien dotado, corado, mitrado y encapado, y le dice:

—¡Ah! ¿Estas ahí tu, buen arzobispo? ¡Ven acá, que yo me vas a bendecir todo esto! — Y el arzobispo salido día gravemente su "Magnificat".

VICTOR HUGO

# En el penal de Burgos

Voy a terminar de contar la hazaña del director de este penal, para a continuación ajustar la cuenta a otros que le ayudan en sus infamias.

Este verdugo tiene establecido en "La Siberia" un cuerpo de guardia permanente, compuesto de dos cabos y dos empleados, cuya única misión es dar palizas a los desgraciados que son llevados a aquel infierno.

Para desempeñar tan funesto papel se colocan dentro, de manera que no son vistos por el que entra. Allí, con los garrotes levantados, esperan a las víctimas. Al aparecer éstas, todos a una empiezan a darles palos, hasta derribarlos al suelo. Luego los amarran en las blancas.

A un celador que al mandarle pegar a sus compañeros se negó a ello y rompió la vara, le dieron tres palizas seguidas, hasta dejarlo por muerto.

Una vez las víctimas sujetas en la blanca, el director iba consolándolos uno por uno con estas frases: "¡Hola! Ahora ya estarás contento, ¡eh! ¡No te da vergüenza estar atado a esa cadena como si fueras un perro? ¡Bien te vi, bien hablar con el presidente! Pues ahora aguanta ahí, que este es el premio que aquí se da a los atrevidos como tú..."

Vamos ahora con el médico, hombre de sentimientos tan perversos como los del director. Pruebas al canto.

Hace algunos años se fugó del penal que nos ocupa el confinado Pedro del Castillo. A los pocos días fue capturado en Francia y reintegrado a la prisión. De rodillas y llorando suplicó al director—era entonces un tal Méndez, que también habla hecho de las suyas siendo administrador en la cárcel de Madrid—que no le apalcatan, aunque le impusieran otro castigo duro por la falta cometida.

Sin embargo, Méndez llamó a un ayudante y trece cabos de vara, a quienes hizo señal que llevaran a Pedro del Castillo a un sitio reservado y le dieran leña, y cumplieron tan bien este mandato, que el apaleado quedó tendido en el suelo, echando sangre por la boca. En tal estado lo amarraron en la blanca. Pero como el infeliz veía que se desangraba, principió a pedir auxilio, a lo que contestaron el médico y el ayudante: "¡Muérete ahí, perro!"

No obstante, viendo la inminente gravedad en que se encontraba y tal vez por miedo a las responsabilidades, lo llevaron a la enfermería. Aquí duró seis meses, siempre víctima de horribles sufrimientos. Mas convencido de que ya no había remedio para él y que la vida se le acababa por momentos, llamó a varios penados y les dijo: "Compañeros: yo me muero. Esos bandidos me han asesinado. Si calláis este crimen, mañana lo repetirán con vosotros o con otros compañeros de desgracia..." Y el pobre Pedro expiró, pagando con su vida, después de espantosa agonía, una falta penada en el Código con el recargo de la sexta parte de condena que le faltaba cumplir...

Los que oyeron sus últimas palabras cumplieron como hombres y denunciaron a Nakens los hechos relatados. Este protestó, en *El Motín*, de tanta barbarie, y Anselmo Santacatalina trató el asunto en las mismas columnas de aquel semanario y en unos artículos bien escritos y documentados, en los que, para corroborar sus asertos, citó algunos artículos del Código penal, demostró con pruebas incontrovertibles que en Pedro del Castillo se había cometido un asesinato, así como la enorme responsabilidad en que habían incurrido sus autores.

Debido al escándalo de la prensa, hubo el consabido expediente. No sé lo que había resultado de esta diligencia.

Acaso se haya probado, como ocurre cada vez que se denuncian atropellos cometidos por el personal de prisiones, que los malos tratos no habían existido, y que Pedro del Castillo murió de una indigestión...

De lo que estoy enterado es de que el director Méndez fue trasladado con ascenso y subida de sueldo y destituida la ronda de cabos. Pero quedó el médico, a quien la población penal culpaba de haber consentido y apadrinado aquel asesinato, por cuyo motivo se oponía a que continuara en el presidio. Entonces, aquel pidió por Dios y por favor a los presos que transigieran con su permanencia en el penal, que en lo sucesivo sería bueno y se portaría con ellos como un verdadero padre...

Accedieron éstos a las súplicas del médico, el cual, desde que llegó a Burgos el actual director, se está portando con los presos como un maldito padre. Así, al curar las heridas producidas por las palizas, decía a los penados: "¿Pero ya os quejáis? ¡Si esto no es nada, pues todavía estamos empezando!" Además, tiene en la enfermería un abandono escandaloso, pues no hay en ella ni medicinas, ni racionado, ni camas, ni nada, en fin, de lo que marca el reglamento. Y para colmo de desdichas, puso al frente de aquella a un "lugarmente" del director, que se las trae. Lo primero que hace cuando a algún preso va por medicinas o alimentos para reponerse de las fuerzas perdidas por las torturas, es mandarlo a la celda de castigo.

Tratemos ahora del maestro. Se llama éste Félix Carroño. No da palos, pero tampoco cumple con su misión. Solo va al penal de once a doce de la mañana, más no a dar clase, pues está lo hace un penado de su confianza, nada más que durante esa hora y a los

que no conocen las primeras letras, no a todos, a pesar de estar ordenado que la escuela sea obligatoria para todos los que no hayan cumplido cuarenta y cinco años de edad y que se den dos clases al día.

Por otra parte, el local en que está establecida no reúne condiciones higiénicas ni tiene los enseres y utensilios necesarios.

Es un cuartucho, en el que todo lo más que caben son veinte personas (la población penal excede siempre de 800 individuos). Hay tresel tinteros para todos, y así todas las cosas. Pero esto no es obstáculo para que Félix Carroño cobre muy "lindamente", eso sí, 2.500 pesetas de sueldo al año.

Si llegan a enterarse de esto esos pobres maestros de escuela que en las aldeas pasan desde las nueve de la mañana a las cuatro de la tarde "rompiéndose" la cabeza, con 50, 60 y hasta 80 chiquillos, los que en vez de conducirse con la sumisión y humildad de los presos, gastan las travesuras propias de la infancia, por 800 o 1.000 pesetas anuales, cobradas con grandes retrasos, es seguro que presentan la dimisión, abandonan sus "andurriales" y sientan plaza de maestros en el Cuerpo de penales, donde se gana más, se trabaja menos, o nada, y se cobra con puntualidad.

Digan lo que quieran esos que viven muy desahogadamente de castigar con inexorable extrema las faltas—y muchas veces las acciones nobles y altruistas—de los demás, con el pretexto de velar por el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, en las prisiones de España las escuelas existen de nombre y los maestros a la hora de cobrar. Burgos es un ejemplo de lo que sucede en todos los sitios.

MARCELINO SUAREZ

Y 2000 individuos más que, por hallarse identificados en absoluto con esta campaña, quieren participar con su autor la responsabilidad de estos artículos.

Los nombres y pueblos de residencia los facilitará el firmante de la misma a todo juez o fiscal que se crea con derecho y razón a exigir responsabilidades por publicar estos atropellos.

Cárcel de Alicante.

(Se desea la reproducción de estos artículos en toda la prensa amante de la verdad y de la justicia).

Existen animales estúpidos, encerrados en establos, atados para el trabajo, y por último, cuando envejecen, son cebados para ser comidos.

Hay otros que viven en libertad agreste, que no se pueden reducir a un establo, que no se dejan reducir por ciertos engañadores a vender por almenas o malos tratos. Los hombres valerosos son como éstos y los cobardes se parecen a los primeros.

LAMENNAIS

(Palabras de un creyente.)

## Progreso y Miseria

Persistencia de la pobreza, en medio del desarrollo de la riqueza

El gran problema, del cual e los períodos de paroxismo industrial son manifestaciones pecuniarias, queda ahora, según creo, completamente resuelto, y los fenómenos sociales que en todo el mundo civilizado asustan al filántropo y dejan perplejo al hombre de Estado, que con delirios encubren el porvenir de las razas más adelantadas, y sugieren dudas sobre la realidad de la meta final de lo que con esfuerzo hemos llamado progreso, se comprenden ahora con facilidad.

La causa que, a pesar del aumento del poder productivo, dirige constantemente los salarios hacia un mínimo que sólo permite un vivir miserable, es que, con el aumento del poder productivo la renta tiende a crecer aún más, y engendra la baja constante en los salarios.

Toda civilización que progresa, tiende directamente a elevar en todos sentidos el poder del trabajo humano para satisfacer sus deseos: a extirpar la pobreza y desterrar la necesidad y el temor que ella inspira. Todo lo que constituye el progreso, todas las condiciones que el adelanto de los pueblos se esfuerza por alcanzar, aspiran, como resultado directo y natural, a la mejora de la condición material (e intelectual) y moral por consiguiente de cuanto se halla bajo su influencia. El crecimiento de la población, la mayor cuantía y extensión de los cambios, los descubrimientos de la ciencia, la marcha de los inventos, la educación más general, las mejoras gubernativas y de las costumbres, consideradas como fuerzas materiales, todo tiene una tendencia directa a aumentar el poder productivo del trabajo, no sólo de algunos trabajos, sino de todos; no en algunos ramos de la industria sino en todos; porque la ley de la producción de la riqueza en la sociedad es esta: "cada uno para todos y todos para cada uno".

Pero el trabajo no puede alcanzar los beneficios que le brinda el adelanto de la civilización, porque son interceptados. Siendo la tierra necesaria al trabajo, y hallándose reducida a propiedad particular, todo incremento en el poder productivo del trabajo, sólo hace aumentar la renta—el precio

que el trabajo ha de pagar para poder utilizar sus facultades—y de este modo, todas las ventajas alcanzadas por el progreso en marcha, se dirigen hacia los quejos de la tierra, y los salarios no aumentan. Los salarios no pueden aumentar, porque cuando aumentan la recompensa del trabajo, mayor es el importe que éste necesita pagar de lo que obtenga para poder vivir y ganar algo siquiera. El simple trabajador no tiene, según esto, más interés en el aumento general del poder productivo que el que tenía el esclavo cuando en el alza del precio del azúcar, y así como un aumento en el precio del azúcar puede empeorar la condición del esclavo, induciendo al amo a hacerle trabajar con más exigencias, así también la condición del trabajo libre puede empeorar, positiva y relativamente, por el aumento en el poder productivo de su trabajo. Porque así una tendencia esperanzada, sostenida por el continuo avance de las ciencias, que anticipa el efecto de los filántropos futuros con un avance de éstos todavía mayor, y tiende de este modo cuando no ha ocurrido así por el aumento normal de la renta, a reducir los salarios al nivel de la esclavitud, en el cual el trabajo sólo puede vivir miserablemente.

Y de tal manera privado de los beneficios inherentes al mayor poder productivo, el trabajo se halla expuesto a ciertos efectos del adelanto de la civilización, sin las ventajas que naturalmente los acompañan: que esos males positivos, tendiendo por sí solos a reducir el trabajo libre al desamparo y a la condición degradada del esclavo. Porque todos los adelantos que aumentan el poder productivo cuando la civilización adelanta, originan hacen necesaria una subdivisión cada vez mayor del trabajo, y la eficacia de la masa total de trabajadores, crece a expensas de la independencia de sus componentes. Individualmente el trabajador adquiere conocimientos, y habilidad tan sólo en una parte infinitesimal de los variados procedimientos precisos para llenar las necesidades más comunes. El producto total del trabajo de un hombre salvaje es pequeño, pero cada uno de sus miembros puede gozar de una vida independiente. Tiene aptitud para edificar su propia habitación, construir o componer su canoa, hacerse los vestidos, fabricar sus armas, lazos, herramientas y adornos. Tiene cuantos conocimientos de la naturaleza posea su tribu; conoce los productos vegetales útiles para alimento, y donde se pueden hallar; sabe las costumbres y hábitos frecuentados por los animales, pájaros, peces e insectos; se orienta por el sol o las estrellas, por la posición de las flores o el musgo de los árboles; es, en una palabra, capaz de llenar todas sus necesidades. Puede separarse de sus compañeros y vivir todavía, poseyendo así un poder independiente que le convierte en una parte contratante libre en sus relaciones con la sociedad, de la cual es un elemento.

Comparado con este salvaje, el trabajador de las clases inferiores de la sociedad civilizada, cuya vida se gasta en producir solo una cosa, y con frecuencia una parte infinitesimal de uno de los numerosos objetos que constituyen la riqueza de la sociedad, de la cual él sirve para llenar hasta las necesidades más primitivas, no sólo no puede hacerse las herramientas necesarias para su trabajo, sino que a menudo trabaja con herramientas que no son suyas, ni espera lo sean nunca. Obligado a un trabajo todavía más duro y continuado que el del salvaje, y logrando por ello únicamente lo que éste obtiene, es decir, la satisfacción de las más precisas necesidades de la vida, el trabajador pierde su independencia. Además de ser incapaz de aplicar sus facultades propias a satisfacer directamente sus necesidades, sin el concurso de muchos otros, no puede aplicarlas indirectamente para satisfacerlas. Es un simple eslabón de una cadena fúnebre de productores y consumidores, imposibilitado de separarse y de moverse, sino cuando los demás se muevan. Cuanto peor sea su posición en la sociedad, tanto más depende de ella, llegando a serle imposible hacer nada por sí mismo. La misma facultad de hacer su trabajo para la satisfacción de sus necesidades, se halla fuera del alcance de su propia voluntad, y puede serle arrebatada o restituída por intervención ajena o por causas generales, sin ejercer más influencia sobre ellas que sobre los movimientos del sistema solar. El castigo del pecado original queda convertido en una gracia, y los hombres piensan, hablan, vociferan y legislan como si el monótono trabajo manual en sí, fuese un bien y no un mal, un fin y no un medio. Bajo estas circunstancias, el hombre pierde la cualidad esencial de la naturaleza humana: el poder divino de modificar y dirigir sus cualidades. Se convierte en un esclavo, en una máquina, en una conveniencia, en una cosa, bajo ciertos aspectos inferiores a los animales.

No soy un admirador sentimental del estado salvaje. No he adquirido mis ideas sobre los incultos hijos de la naturaleza en Rousseau, Chateaubriand o Cooper. Tengo conciencia de su pobreza material e intelectual, y de su condición baja y estrecha. Creo que la civilización es el destino natural del hombre, y la manumisión, elevación y refinamiento de todas sus facultades, y se me figura que únicamente la disposición de ánimo que conduce a un

(1) Trabajo leído por su autor en la sala celebrada en el Ateneo Mendocino, con motivo del cuarto aniversario del fusilamiento de Ferrer.